

## Dos poemas

Tedi López Mills

### *Tarde en Huitzilac*

Supongamos que todo estuvo ahí:  
las hilachas de sol sobre una ladera  
que cuidaba su propio cultivo de sombras,  
el árbol imaginado desde la orilla de la ciudad  
como una fricción recurrente de ramas  
en la memoria que busca otro árbol  
para fracturar el molde,  
otra postura del eucalipto  
para inventar una forma,  
una prueba de que el día vino  
con su cuota de objetos,  
su volumen de naturaleza intacta.

Supongamos que ese jardín  
tuvo su propia ascendencia;  
que el barranco domado por la casa  
cedió su intemperie  
a cambio de la baraja de tonos  
repartida desigualmente  
entre el régimen insubordinado del pasto  
y las calles sueltas como cintas desde lejos;  
que la ruta del campo fue el retorno  
a una edad menos sólida de los cuerpos,  
cuando el aire y la piel  
trashumaban en un mismo flanco de la luz.

Supongamos que en ese declive de la tierra  
durante dos o tres horas junto a la fogata  
hubo una civilización y luego su ruina,  
un estilo estrecho de la frase  
y otro idioma de silencios  
esculpido en la aldea de la boca,  
otra versión de la persona  
más clemente que nuestros contornos  
descompuestos en la arcadia de una colina,  
como las figuras de un tiempo  
erosionado por la campaña seca  
de unas cuantas voces.

Supongamos que tuvo sentido  
proclamar el *make it new* en polvo morelense,  
el molino de Montale y su agua veteada,  
el "Dante y yo" mitigado  
por el falso trópico de la fronda  
que anulaba toda noción de testigos,  
salvo el perro de la cuadra  
uncido a la reja de alambres,  
que recibía nuestros dardos de carne  
como un mártir condenado  
a imitar la quietud del pavimento.

Supongamos que todo ocurrió:  
primero la polémica de hábitos  
más allá del paisaje,  
el arte o la ira de la defensa;  
luego la duda moral  
en las cuevas de Huitzilac,  
a ratos la alianza  
entre una tradición y el grito;  
que hubo al final el carraspeo  
tan deseado de un ave diminuta,  
la melancolía dilatada de un burro

pasajero frente a la barda de piedra,  
y que la falla de origen  
en ese fasto bucólico  
no fue la extensa gramática de los comensales  
sino la avaricia del mundo esa tarde,  
que dispuso dar otra vez de sí  
tan sólo una idea más, imperfecta.

*Secuela*  
(primera)

Queda la casa cuando uno vuelve  
queda el mundo guardado en la casa  
la paz recogida entre los muebles y la puerta  
la paz y la casa en una misma suma tosca  
pero perfectible por las trampas de una cifra  
que iguala lo vacío con lo lleno  
lo tuyo la persona infusa  
lo mío el nido de un boquete en la vertical  
*tokonoma* si quieres  
la isla abierta en medio de un tirol  
casi dañado por la ribera del muro  
otro hoyo que nació sin estrella ése  
otro que murió en la obra negra

Paz o disolución  
se parecen  
si cuenta lo que uno hizo  
las marchas forzadas en contra del año  
la ruta estival de la mano en un arbusto  
a veces la jauría de insectos en un patio  
la danza rústica de los pies con la cabeza  
y en una esquina la inmaculada sombra  
el injusto perfil pidiendo otro episodio  
al menos una fuga clandestina  
entre el tumulto de personajes  
que reordenan la ventisca afuera  
la pérdida y la ganancia  
un sentido del tacto por otro del oído

Te escucho porque la hora pasa  
con una voz o un tono verosímil  
no te toco porque se detiene en seco  
tan inamovible en este punto de la roca  
tan clavada en el hoyo en el yeso  
tan quieta que se desmorona  
no como una estatua  
como un hueco donde entro.